

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

DISERTACIONES JURIDICAS—Por Numa Quevedo—Caracas, Venezuela.

El doctor Numa Quevedo, ilustre Embajador de Venezuela ante el gobierno y pueblo de Colombia, no solamente es un espíritu egregio, preocupado por las cosas bellas del mundo, como lo demuestra en su breve obra **La fronda horadada**, poemario de tan honda substancia humana y espiritual, sino que también es uno de los abogados más eminentes de Venezuela. De la gran familia profesional de Luis Gerónimo Pietri, ya fallecido, de Héctor Parra Márquez, Rodolfo Moleiro y otros intelectuales venezolanos que alternan el ejercicio de la abogacía con la historia, el noble empeño de escrutar la índole de su nación y también de escribir, como Moleiro, una de las poesías más auténticas del continente. Ahora hemos recibido la obra **Disertaciones jurídicas** de que es autor el doctor Numa Quevedo. Se trata de una serie de interpretaciones de la filosofía del derecho y también del estudio y análisis de problemas que afectan a Venezuela.

El brillante jurisconsulto que es Numa Quevedo proyecta aquí su preocupación porque el mundo del derecho, el ámbito de la libertad, sean precisamente los que tutelen a estas naciones, que necesariamente tienen que conducirse por los cauces de la razón, organizadas como sociedades capaces de conducirse como gentes que conocen sus derechos, con sus correlativas tablas de deberes. La gran hazaña de Bolívar consistió en analizar la suerte de sus libertos, una vez que adquirieron la libertad. Que

resultó muchas veces, clima para la discordia, para odios entre hermanos, para viles apetitos de dictadores o sargentones insurrectos.

La serie de ensayos que contiene este libro, son valiosos por el rigorismo mental de su autor, el conocimiento de las fuentes originales del derecho, la hazaña del hombre para vivir un clima espiritual en el cual se hable de la razón y no simplemente del instinto amotinado. Ensayos densos de contenido. Preocupación del escritor por la cultura que es trascendencia metafísica, certidumbre de un mundo mejor, regido por la inteligencia y el análisis, todo ello suscita la lectura de **Disertaciones jurídicas**, obra de veras espléndida y que ha contribuído a esclarecer y fijar rumbos a Venezuela.

* * *

LA OBRA LITERARIA DE MONSEÑOR JOSE VICENTE CASTRO SILVA.

Hemos releído, por este marzo de nieblas, la obra de Monseñor José Vicente Castro Silva, ilustre rector por 36 años del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Y al terminar su **Prólogo a Don Quijote**, nos damos cabal cuenta de lo que perdió la cultura colombiana con su muerte. Y también las resonancias que deja en el espíritu el valor intrínseco de su tarea intelectual. Su obra sirve para meditar acerca de la confluencia del hombre de la Edad Media y aquel otro del Renacimiento. Porque en muy pocos americanos se han dado cita tan diversos valores, que se entrecruzan en el subsuelo desde el cual ascienden la torre gótica de una vida y empieza a darnos una dimensión nueva del hombre como medida de las cosas. La Edad Media no fue, como creen algunos, una noche sombría, lóbrega cárcel del pensamiento. Tampoco, como escriben otros, es apenas un monasterio desértico, salmodiante por el diligente abejorro de frayles que entonaban cánticos en latín depurado o se afanaban por recoger vocablos, enredados en los bejucos táctiles de la semántica. Concepciones falsas, nacidas de investigaciones vacuas, sin pie en la sedienta realidad.

Precisamente Monseñor Castro Silva, acepta la Edad Media como punto de partida del hombre en su profunda humanidad.

Allí, en aquella edad apostrofada, se encuentra la esencia de la existencia, el quehacer espiritual del hombre. Las bases del Renacimiento las hallamos, queramos o no, en la Edad Media. Y precisamente cuando se pervirtieron sus esencias, el Renacimiento derivó en un paganismo ruisreño, alegría de las formas, morbideces, desnudos nacarinos, pinceles y letras que nos entregaron el mundo jocundo, plástico, encendido en la paleta de sus pintores, pero sin la intemporalidad que exige lo espiritual, cuando nos deshacemos de las cosas en torno y de nuestra propia forma carnal, para la extinción definitiva. Monseñor Castro Silva, entendía muy claramente el fenómeno y en su vida y en sus afanes intelectuales, está siempre presente Dios, final horizonte del creyente. Es cierto que Monseñor hubiera brillado con luz propia en el Renacimiento, pero sin olvidar la formidable herencia medioeval y convirtiendo su humanismo en cátedra viva, activa, docente.

Precisamente cuando el humanismo entra en el callejón sin salida de las contradicciones y el escepticismo mórbido crece, destruyendo los pilares de la fe, empieza también su crepúsculo vespertino, perdiéndose definitivamente en la noche. Monseñor Castro Silva nunca perdió de vista el mundo de Dios. Era su centro, su razón ética. Todo lo demás es bello pero corruptible, hermoso en la mañana y ceniza en la tarde. Como las rosas y la belleza de las mujeres, cantadas por Ronsard. Es preciso, por tanto, no perder nunca en nuestro avatar cotidiano, la lección intelectual y moral que mana de las obras literarias de Monseñor Castro Silva. Para quien, repetimos, no existía discrepancia fundamental entre la Edad Media y el Renacimiento. Ciclos que cumplieron una formación normativa, cada uno con su propio acontecer. La fe que levanta catedrales góticas, delirio del barroco y la liberación de las formas para alcanzar su madurez, libres de ataduras.

El gran escritor y sacerdote de Dios no se perdió en el laberinto encantado. Ni creía que el triunfo de la forma o los avances de la ciencia y de la tecnología, implicaran la muerte de Dios, como lo predicaban los escépticos, aquellos que carecen de verdades en las cuales anclan, conducidos por una duda lacerante, que no les permite hallar los caminos de Dios. Como sucedió a Camus y a Unamuno. Es preciso vigilar bien al hombre interior, al que está encuevado y fosco en el fondo de nuestra vida.

Releyendo las obras, desgraciadamente dispersas en revistas la mayoría de ellas de Monseñor Castro Silva, llegamos a la conclusión de que fue una síntesis del Medioevo y el Renacimiento. Ni negó a Dios, ni flageló el espíritu, pero tampoco rehusó conocer el Renacimiento y pensar bien sus esencias. En esta hora de miseria moral, de inútil rastreo de la condición humana, la obra escrita de Monseñor Castro Silva es voz guiadora para las nuevas generaciones. Que deben acercarse a su gran tarea literaria para fortificarse y tener concepto de la humanidad en su lucha y aflicción.

* * *

POEMAS DE PUÑO Y LETRA—Por Félix Raffán Gómez—Bogotá, Colombia.

Siempre ha tenido Félix Raffán Gómez una intensa pasión por el cultivo de la poesía. Que es una deidad exigente, ante la cual es preciso acercarse con pasión espiritual, sin transgresiones a sus eternos y normativos principios. Raffán Gómez siente el hechizo poético y cultiva su huerto monástico con amor, para lograr así ese jardín de rosas y de lirios candeales. Desde la infancia mantiene vivo este contacto con el mundo poético siempre sorpresivo, siempre nuevo, de inusitadas y deslumbrantes presencias. Ahora ha publicado un breve y hermoso libro de versos con el título de **Poemas de puño y letra**. Título original y también la magnífica presentación del libro que invita a soñar, a pasar los ojos por esta poesía de músicas abscónditas y resplandecientes. El poeta no quiere tener nada en común con cierto vanguardismo absurdo que carece de vivencias, simple amontonamiento de palabras como chatarra olvidada, pero que para sus autores es genial. Y pensar que hay quien lo crea!

Raffán Gómez trabaja con esmero, con dedicación, con ternura. Leamos a continuación uno de sus poemas del último libro:

POEMA MINIMO DEL HIJO

*Inmortal hijo mío:
te entrego por herencia
la obligación fecunda
de repetir la especie.*

*Milagro de mí mismo
negación de mi muerte.*

*Meta de mi esperanza.
Flavo río de mi sangre
que renuevas la infancia
albural de mis padres.*

*Y en cuya transparencia
celestial adivino
la ternura inefable
que cabe en el dolor.*

*Esencia de mi esencia,
fértil poema mínimo,
redención de mi herida,
diamante que recoges
la luz que hay en la oscura
oquedad de mi vida
para hacerla esplendor.*

*Testigo de mi angustia.
Para explicar que he sido,
un arsenal de luchas
y una llama de amor.*

* * *

5.000 CIMIFUSAS—Por Enrique Aguirre López—Bogotá, Colombia.

Aguirre López acaba de publicar 5.000 Ci-Mifusas, píldoras de buen humor para espíritus desencantados y para otros que no lo son menos. Nuestras gentes necesitan reír. Es el nuestro, especialmente en la sabana, un pueblo triste, bilioso, sin lugar para el ocio y la risa sana y cordial. Vivimos sumergidos en un páramo, cariacontecidos, paladeando un vino amargo. Y es preciso variar esos rumbos, darle escape a ciertos hongos que apresuran la artritis. Para lo cual nada mejor que leer a los humoristas, especie de benefactores de la humanidad.

En una época sombría como esta, cuando todo conduce a la cavilación y la agrura de genio, Aguirre López cumple una obra de caridad: hacer reír a los amargados. Que resulta una excelente pedagogía, una salud corporal y mental. Somos por herencia taciturnos. España entrecruzada con el indigenismo, dio como fruto esta humanidad un poco sombría, vestida espiritualmente de negro, que requiere jocunda renovación y ancha claridad para poder sobrevivir.

Por lo tanto, penetrar con el autor de las Ci-Mifusas en este recinto de máscaras, de hilarantes fantoches de la vida, de máximas de una cordial filosofía, es comprender la inutilidad de muchas cosas.

Felicitemos al autor de la “fábrica de hacer discursos”, por la publicación de estas estampillas regocijantes.